

María del Carmen Vázquez Mantecón

*Cohetes de regocijo*

*Una interpretación de la fiesta mexicana*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

264 p.

(Serie Historia General, 35)

ISBN 978-607-02-9484-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de noviembre de 2017

Disponible en:

[www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cohetes/682.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cohetes/682.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## EPÍLOGO

El alma de todos los fuegos artificiales es el cohete, cuyo nombre viene del latín *coda* (cola). Por efecto de la combustión, el cohete se eleva rápidamente, estallando como estampido.<sup>1</sup> Según Joan Corominas, la voz *coet* se usaba en Aragón hacia 1488, derivando probablemente de la voz *coa* (cola), usada así en el catalán antiguo y dialectal.<sup>2</sup> Otra opinión sobre las posibles etimologías de la palabra, la expuso —en el siglo XVII— Sebastián de Covarrubias en *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, donde escribió que el cohete era el cañuto de papel reforzado “que tiene dentro pólvora y un solo respiradero por donde prende el fuego y se abre con un trueno”. Su nombre, provenía, según él, de *cofete* o *cufoete*, derivados a su vez de la voz griega *levis*, *celer*, *expeditius*, “porque en tocándole el fuego sale con grandísima presteza”. Agregó que también podía resultar de *comenete* porque va por el aire como un cometa, o finalmente, por el ruido que hace antes que dispare, “que suena *coph*, y de ahí *cophete* y cohete”.<sup>3</sup> En el lenguaje popular latinoamericano, incluido, por supuesto, México, al cohete se le dice, asimismo, *cuete*, comprendida además, la región hispana de Asturias, según lo registra Francisco J. Santamaría (y posiblemente, pienso yo, en otras provincias españolas).<sup>4</sup> En Latinoamérica, con esta palabra se designa

<sup>1</sup> Eli de Gortari, *Silabario de palabrejas*, México, Plaza y Janés, 1988, p. 61. Señala este autor que en nuestro país, la palabra cohete es, además, uno de los nombres del faló. En cuanto a la palabra “cuete”, agrega que ésta no sólo es una variante de cohete, ya que con ella se designa una lonja de carne que se saca del muslo de la res.

<sup>2</sup> Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1987, p. 157.

<sup>3</sup> Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* [1611 y 1674], Barcelona, Editorial Alta Fulla, 1998, p. 334. En la edición de 1729 del *Diccionario de Autoridades*, no hay una referencia a la etimología de la palabra, si bien, agregan a la definición de cohete que da Covarrubias, que puede tratarse de “una caña fortificada con hilo empegado alrededor”.

<sup>4</sup> Francisco J. Santamaría, *Diccionario de Mejicanismos*, México, Porrúa, 2000, p. 332. Para este estudioso, la palabra *cuete* es una pronunciación vulgar de cohete y *cuetero* por cohetero.

en sentido figurado a la borrachera.<sup>5</sup> Hay acuerdo entre cronistas nacionales y extranjeros, como se puede apreciar en esta historia, de que el mexicano podría definirse como un pueblo cohetero (o *cuetero*). En la vida popular de México, al decir del antropólogo Miguel Othón de Mendizábal, tiene un lugar muy importante “la especie tronadora” (brujas, chinampinas, cohetes de vara, buscapiés, corredizos, etcétera), constituyendo el estallido de cohetes “la alegría de este pueblo melancólico sujeto al santoral romano o al calendario cívico”. Por esa razón, añadió este estudioso que “estar cuete”, es sinónimo en el lenguaje común de estar “alegre”, “con la luz de un gozo conquistado al vino”.<sup>6</sup>

Si bien son abundantes los dichos, refranes, proverbios y sentencias que en el habla hispana incorporan a los cohetes y a los coheteros —los que se emplean habitualmente en nuestro país—, tienen que ver con el tiempo festivo como: “Encender la pólvora”, significando éste la culminación de las fiestas patronales,<sup>7</sup> y “Hay tiempos de tronar los *cuetes* y tiempos de juntar varitas”;<sup>8</sup> con el gasto desmedido: “Elevar globos, tirar cohetes y comprar billetes es de zoquetes”;<sup>9</sup> con la peligrosidad y desafío del oficio: “Echar cohetes, jugar albuces y jinetear, no se debe aconsejar”; y con las personas que son de la misma calaña: “Un cohetero no huele a su compañero”.<sup>10</sup> A su vez, “Quedar como el *cuetero*”<sup>11</sup> (donde te chiflan cuando los fuegos son bellos y del mismo modo si salen malos), se emplea en relación con el hecho irremediable de que, se haga lo que se haga, nunca se termina del todo bien. Por último, aunque ningún trabajo o compilación sobre refranes lo registra, es común en el habla popular de

<sup>5</sup> *Idem*. Es interesante, por otro lado, que Cecilio Robelo en *Diccionario de Aztequismos*, [1904], México, Editora Fuente Cultural, s. f., no haya registrado el uso de la palabra *cuete*. La Real Academia de la Lengua, ha reconocido hasta el siglo XX, que en el castellano de México, “cohete” (no menciona su pronunciación como *cuete*) significa también borrachera, pistola, lío, enredo, o problema.

<sup>6</sup> Miguel Othón de Mendizábal, “Pólvora que mata y pólvora que divierte”, en *Obras Completas*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1946, t. IV, p. 218.

<sup>7</sup> Joaquín Antonio, Peñalosa, *Vocabulario refranero religioso de México*, México, Jus, 1965, p. 153.

<sup>8</sup> Eduardo Césarman, *Dicho en México*, México, Gernika, 1991.

<sup>9</sup> *Idem*.

<sup>10</sup> Herón Pérez Martínez, *Refranero Mexicano*, Academia Mexicana de la Lengua, academia.org.mx

<sup>11</sup> Césarman, *op. cit.*

México el dicho “Le tronó el *cuete* en la mano”, aludiendo a la temeridad sin cálculo preciso, o, sobre todo, a lo que trae muchos problemas por un cohete prendido (esto en sentido figurado) que alguien con mala fe, pasó a las manos de otro.



El impacto de la artillería y su vínculo con los rayos, relámpagos y truenos demostró tener mucho que ver con el mundo de la pirotecnia festiva y la conquista de la pólvora por parte de los indígenas. No es gratuito que éstos y sus descendientes mestizos, se apropiaran muy pronto de la mezcla de salitre, azufre y carbón —como hicieron con los caballos y con Santiago Apóstol (que invocaban los españoles como su protector en las batallas)—, convirtiéndose en coheteros muy competentes, como lo confirman decenas de testimonios recogidos en estas páginas. Othón de Mendizábal, escribió, de modo inmejorable, “que los que fueron vencidos por el rayo del conquistador, lograron a su vez poseer el rayo”,<sup>12</sup> capturado éste, artificioosamente, en un mínimo cañuto de papel o de carrizo lleno de pólvora.

Conocían, como todos los pueblos antiguos del mundo, el poderoso valor del humo (o el del vapor ascendente) para manifestar su conexión con lo divino. La iconografía mexica, por ejemplo, representa la palabra *poctli* (humo) mediante volutas o vírgulas, significando con estas formas, también a la palabra.<sup>13</sup> El humo era y es, en tanto materia que une los planos cósmicos, “la ofrenda que preside, guía y permite la comunicación entre los hombres y los dioses”.<sup>14</sup> No es posible pensar la fiesta entre los indios, desde por lo menos los últimos años del siglo XVI, sin el estrépito de veloces y elevados cohetes, sin la niebla producida por el humo, sin el característico olor a azufre de la

<sup>12</sup> Mendizábal, *op. cit.*, p. 217.

<sup>13</sup> Carmen Herrera, “Valores metafóricos de PO: C-TLI ‘HUMO’”, en *La metáfora en Mesoamérica*, Mercedes Montes de Oca Vega (edición), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 111-113. De igual modo, los flujos, las volutas y las vírgulas —entre otros signos— significaban el olor y el sonido. Véase asimismo Élodie Dupey García, “Mostrar lo visible. Representaciones del olor en códices prehispánicos del Centro de México”, en prensa. Agradezco a la autora que me haya proporcionado una copia de su texto.

<sup>14</sup> Herrera, *op. cit.*, p. 113-114.

pólvora quemada y sin el incendio de castillos y toritos. Esos fuegos, están en relación muy estrecha con su calendario agrícola (truenan cohetes cuando termina la yunta, o cuando se recoge la cosecha) y sobre todo, con las fiestas de agradecimiento, formando parte ineludible de lo que se ha llamado “el tiempo sagrado de la fiesta”.

Salvo honrosas excepciones, durante el siglo XIX, tanto extranjeros, como políticos y cronistas mexicanos, no dejaron de señalar con mayor o menor crítica, ese gusto de los indios (o se olvidaron de incluir a los mestizos que hacían casi lo mismo, o al decir “indio”, abarcaban a todos) por quemar cohetes y cámaras en las fiestas a sus santos. La general opinión tomaba distancia de lo que se consideraba que, o sólo eran formas exteriores de culto (Humboldt); o de su complacencia con el estampido (George Ward); o de su “repugnante y repetido tronar de las bombas y cohetes, desahogo estrepitoso de los indios” (Guillermo Prieto); o, por último, de sus “saturnales de borrachera” y “contorsiones grotescas”, decoradas con el ruido y el humo de la quema de petardos y el lanzamiento de cohetes (Ernest de Vigneaux).<sup>15</sup> El antagonismo se hizo evidente en 1856, sirviendo de ejemplo el argumento del diputado al congreso constituyente Francisco Díaz Barriga, quien a partir de la tesis de que “el comunismo era lo opuesto a la libertad y a la civilización”, proponía que no debía quedar sin repartirse ningún palmo de tierra “en clase de propiedad exclusiva de los indígenas en común”, para acabar así “con sus danzas, cohetes y orgías”.<sup>16</sup> Y en efecto, se beneficiaron con sus tierras al tenor del individualismo, pero no lograron separarlos de su devoción a Dios, a la Virgen y a sus santos patronos; desde la época virreinal hasta el día de hoy, ellos —y también los mestizos— a su modo, danzan y “encienden la pólvora” entre el juego y el fuego, como la mejor y más eficaz manera —por su incomparables velocidad, altura y trueno— de mostrar, en el aquí y el ahora de cada minuto de la fiesta, presencia, gratitud, plegaria, alabanza, exhibidas con ese tributo ágil, humeante y estruendoso.

<sup>15</sup> Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1985, t. I, p. 181; Geroge Ward, *México en 1827*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 701-702; Guillermo Prieto, *Viajes de orden supremo*, México, Bibliófilos Mexicanos, 1968, p. 188 y 286-287; Ernest de Vigneaux, *Viaje a México*, México, Secretaría de Educación Pública/Ochentas, 1982, p. 58-59.

<sup>16</sup> *El Monitor Republicano*, 24 de junio de 1856.



Gracias a los fuegos artificiales, fue posible reconstruir en estas páginas varios discursos significativos para el mundo que festeja entre fines del siglo XVI y los albores XX. Entre ellos, el de la revolución que en todos los sectores sociales causó el conocimiento y el uso de la pólvora; el del mensaje religioso, político, mundano o satírico, que transmitieron con sus figuras, colores, movimiento, sonido y duración; el de la presencia de los imaginarios en boga ajenos y propios; el de la fuerza de las emociones, que despertaban tanto entre sus fabricantes como en los espectadores; el de la recreación de la naturaleza; el de la descripción hiperbólica de su magia y encanto; el de las ideas estéticas compartidas; y, sobre todo, el de la longevidad de sus tradiciones, ritos, creencias y sentimientos, aspectos que llevan, en buena medida, a la respuesta del por qué de cada celebración.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS